

CAMBIO DE DENOMINACION DE  
VALERA DE ARRIBA (CUENCA)

Designado por el señor Director de esta Academia, con acuerdo de la misma, para informar acerca del expediente instruido por el Ayuntamiento de Valera de Arriba (Cuenca), en solicitud del cambio de su nombre, someto a la Academia el siguiente proyecto de dictamen:

Según el citado expediente, el Ayuntamiento de esa localidad y abundantes vecinos de la misma, solicitan el cambio de su nombre, Valera de Arriba, por el de Valeria. Figura en el mismo expediente la conformidad de las autoridades civiles, religiosas, militares y pedagógicas de Valera, así como la de la Comisión de Educación de la Diputación Provincial de Cuenca.

Dos son las razones con las que se pretende justificar la mudanza. La primera, «restituir un nombre que tiene gran raigambre histórica, así como arraigo de siglos entre el vecindario al haberse ido transmitiendo de generación en generación las tradiciones sobre el particular». La segunda, evitar la confusión con la vecina localidad de Valera de Abajo.

En la proximidad de la de Arriba estuvo emplazado el municipio romano de Valeria, como prueban alguna lápida y los nombres de esas dos localidades subsistentes. Fue sede episcopal, de la que hay recuerdo en los concilios de Toledo, en varias de cuyas actas firmaron sus prelados. Desapareció su memoria en la invasión musulmana, época probable de su destrucción. El

historiador Sandoval, con referencia a fines del siglo XI, cita a Valera entre los lugares que la supuesta mora Zaida — que hoy sabemos fue nuera, no hija de al-Mu'tamid de Sevilla — llevó en dote a Alfonso VI, hecho del que no existe confirmación alguna histórica. Alfonso VIII, al conquistar Cuenca en 1177, restableció en esta ciudad las diócesis extinguidas de Valeria y Ercávica.

Los eruditos del siglo XVIII se ocuparon de la romana Valeria, principalmente el P. Andrés Marcos Burriel, de la Compañía de Jesús, nacido en el pueblo próximo de Buenache de Alarcón. Los datos facilitados por el docto jesuita sirvieron al P. Flórez para tratar de Valeria extensamente en el tomo VIII de la *España Sagrada*, en el que inserta un croquis de sus ruinas, dibujado por don Francisco Palomares, que le facilitó el P. Burriel. Ponz pasó por ambas Valeras y las describe en el tomo III de su *Viage de España*. Hübner publicó treinta y cinco inscripciones encontradas en su solar y resaltó la importancia de las ruinas. A principios de este siglo la infatigable curiosidad del P. Fita alcanzó a Valeria, sobre la que insertó un trabajo en el tomo LII, de 1908, de nuestro BOLETÍN. En el medio siglo transcurrido desde entonces, ni estudiosos españoles ni extranjeros se han vuelto a ocupar de la olvidada ciudad muerta. Hace pocos años, su benemérito Alcalde, Maestro a la vez, don Francisco Suay, reunió en el edificio del Ayuntamiento muy variados restos arqueológicos hallados en el subsuelo de Valeria, parte

de ellos procedentes de excavaciones costeadas por el municipio, con objeto de dar trabajo a los obreros de la localidad en épocas de paro.

Las ruinas de Valeria, cercanas a Valera de Arriba, ocupan un extenso y accidentado cerro protegido a oriente, occidente y mediodía por profundos tajos y despeñaderos, por cuyo fondo corre un insignificante arroyo cuyas aguas vierten al Piñeras, que a su vez desemboca en el Júcar, riachuelo desproporcionado con la importancia del foso natural y la grandiosidad del paisaje. Si la favorable posición geográfica, al facilitar su defensa, justifica su situación en el cerro, la pobreza agrícola actual de la comarca plantea el problema de las razones de su existencia y vida económica.

La riqueza arqueológica del subsuelo de Valeria «cuajado de antigüedades», escribió el P. Fita, es extraordinaria e invita a su excavación, fácil y poco costosa por ocupar terrenos casi totalmente yermos. Desde el siglo XVIII hay noticia de hallazgos continuos de monedas, fragmentos arquitectónicos, cerámica romana, etc. Aparte de las ruinas de un castillo medieval, en la parte más elevada del cerro, las visibles de mayor volumen del solar de Valeria son las inmediatas al cementerio actual de Valera de Arriba, situadas en la parte norte del cerro, única de fácil acceso.

Tras unos aljibes permanece aún en pie un grueso muro de argamasa, ahuecado en su parte superior por un pasadizo que permite la circulación de una persona. A un canal si-

tuado en su suelo llegaría el agua por un acueducto desaparecido y desde él salía a varios nichos abiertos en la que sin duda era fachada. En las descripciones del siglo XVIII se alude a ladrillos que formaban su paramento; hoy no queda más que el núcleo interior de argamasa u hormigón. El P. Flórez y Ponz clasificaron estas ruinas como de termas; más parecen de un monumental *nymphaeum*, uno de los pocos, si no el único, conservado en España.

Volviendo al informe tras la anterior larga digresión, cuyo objeto es llamar la atención sobre una ruina de máxima importancia y fácil excavación, totalmente olvidada por los arqueólogos, cree el ponente equivocada la pretensión del Ayuntamiento y gran parte del vecindario de Valera de Arriba, de borrar, con un criterio antihistórico, doce siglos y medio, enlazando la grandeza pretérita de la ciudad romana con la austera humildad de una localidad castellana, de apenas 300 casas, cuyos moradores viven una existencia dura, como en otros lugares de las mesetas centrales de nuestra Patria, enraizados noblemente en un suelo ingrato, tal vez por ello más querido. El cambio de nombre, sin aportarles ventaja alguna, borraría el recuerdo de la historia medieval y moderna de la localidad y haría aún más patente la distancia entre la grandeza remota y la modestia presente. Creo interpretar así el criterio repetidamente expresado por esta Academia al informar desfavorablemente todo expediente de cambio de nombre de

una localidad que no esté muy justificado.

Respecto al otro argumento, el de la confusión de nombre con Valera de Abajo, carece de consistencia. Si desaparece el de la localidad alta, el de la de Yuso queda sin justificación y sus vecinos se verían obligados también a solicitar el cambio de su nombre. Y la confusión entre Valeria y Valera de Abajo seguiría subsistiendo. Son muchísimas las villas españolas de nombre común que se diferencian, como las Valera, por otro apelativo.

Más útil y provechoso para el vecindario de la de Suso, cuyas raras y nobilísimas preocupaciones históricas y arqueológicas merecen máximo elogio y exaltación, sería que nuestros arqueólogos estudiaran las ruinas de Valeria e iniciasen su excavación científica, con la consiguiente atracción de estudiosos y turistas, y beneficio económico para la modesta localidad, cuya vida podría también mejorar con la ayuda oficial que el Estado la prestase al resonar su nombre como uno de los solares más fecundos de la arqueología nacional.

Desgraciadamente, la mayoría de nuestras agrupaciones urbanas, aun las ricas y de máxima demografía — la Academia lo sabe bien — desprecian los restos monumentales del pasado que aún conservan. ¿Qué mejor título de nobleza para Valera de Arriba, islote en este páramo, no ya geográfico, sino cultural, que la nobilísima preocupación de sus vecinos, intercalada en el trabajoso afán de su difícil subsistencia dia-

ria, por recordarnos con su petición y la formación del pequeño museo la existencia de una riqueza arqueológica olvidada, de la que vuelta a la luz del día serán futuros y celosos guardadores?

No obstante, la Academia resolverá lo que estime más acertado.

Madrid, 16 de enero de 1959.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS.

*(Aprobado en sesión de 23 de enero de 1959.)*